

ra ser comprendidas exigen cierto grado de cultura y aun de refinamiento intelectual. Además, el gran respeto que muestran los católicos á la imágen material de la Divinidad, contribuye demasiado á aquel fin; aun cuando tales exterioridades solo las usen como incentivos, mas no como objetos del culto. Pero el salvaje es incapaz de hacer esta sutil distinción: él ve que los objetos de adoracion son muy parecidos á los suyos propios, y esto basta para dominarle y subyugarle fácilmente. Lo que únicamente se necesita, es que en vez de tributar culto á la imágen de Quetzalcoatl, la deidad benévola que habitó entre los hombres, lo tribute á la de la imágen del Redentor, que en vez de adorar á la cruz, emblema del Dios de las lluvias, adore á esta misma cruz, símbolo de salvacion.

Terminadas estas ceremonias, se dispuso Cortés á volver sus naves, plenamente satisfecho de las conversiones y conquistas que en gloria de la religión y provecho de la corona, acababa de verificar. Los soldados, despues de despedirse de sus amigos los indios, entraron en sus esquifes llevando palmas en las manos; y volviendo á bajar el rio, se entraron en sus navíos anclados á la boca de aquel. Soplabá entonces una grata brisa, y la navécilla, abriendo sus velas para recibirla, volvió á emprender luego su camino hácia las doradas playas de México.

CAPITULO V.

Viaje por la costa.—Doña Marina.—Arribo de los españoles á México.

Entrevista con los aztecas.

(1519.)

La flota siguió su curso costeando la playa tan cerca, que los habitantes podían descubrirla desde tierra; y al pasar por las playas sinuosas del golfo de México, los soldados que habían pertenecido á la primera expedición, iban señalando á sus compañeros los lugares notables. Aquí estaba el *Rio de Alvarado*, llamado así en memoria del valeroso aventurero que ahora venia en la expedición; allí el *Rio de Banderas*, donde había hecho Grijalva tan lucrativo tráfico con los mexicanos: mas adelante la *Isla de Sacrificios*, en la cual encontraron los españoles

los recientes vestigios de un sacrificio humano. Al oír Puerto-Carrero estas reminiscencias de los mexicanos, repitió aquellas palabras del antiguo romance de Montesinos.

“Cata Francia, Montesinos,
Cata Paris la ciudad,
Cata las aguas del Duero
Do van á dar en la mar.”¹

“Mas yo os aconsejo,” añadió volviéndose á Cortés, “que solo veais hácia aquellas tierras y que penseis en el mejor modo de gobernarlas”—“No temais, respondió el comandante; si la fortuna me ayuda como á Orlando, y me da compañeros tan animosos como vos, no me costará gran trabajo.”²

Llegó la flota á la isla de San Juan de Ulúa, así llamada por Grijalva. El tiempo estaba claro y sereno, y dejaba apercibir las nubes de indios que desde la playa del continente se asombraba con el extraño espectáculo de las naves, que al blando impul-

¹ «Cata Francia, Montesinos,
Cata Paris la ciudad,
Cata las aguas del Duero
Do van á dar en la mar.»

² Son las palabras de un antiguo romance español, publicado por la primera vez segun me parece, en el Romancero de Amberes, y últimamente en el Durán. Romances caballerescos é históricos, parte 1.^a, pág. 82.

² Bernal Diaz, op. cit., cap. 37.

so de las velas, se deslizaban por sobre la tersa superficie de las ondas. Era Juéves Santo: el aire soplabá suavemente de la playa; pero Cortés despues de reconocer aquellos parajes, creyó que podría anclar con toda seguridad, á sotavento de la isla, que así le abrigaría de los *nortes* que soplan allí con tanta furia en la estacion del invierno, y á veces aun en la de la primavera.

Apenas habian anclado las embarcaciones, cuando se vió una ligera piragua llena de naturales, encaminarse hácia la capitana que se distinguia de las otras, por tener enarbolado el pabellon de Castilla. Los indios se acercaron llenos de la confianza que les habian inspirado los que habian tratado con Grijalva. Traian de regalo frutas, flores y uno que otro adorno de oro, todo lo cual trocaron muy gustosos por algunas fruslerías de las de costumbre. Cortés vió burladas sus esperanzas de poder entenderse con los naturales, por medio de Aguilar, pues el dialecto maya que es el que este poseia, es enteramente diverso del azteca. Los indios suplian en cuanto era posible esta falta, por medio de sus gestos vivaces y significativos, que bien pudieran llamarse los *geoglíficos* hablados; pero el comandante español previó con sentimiento cuánta falta iba á hacerles en lo sucesivo otro medio mas perfecto de comunicacion.¹

¹ Las-Casas supone que los gestos de los indios denotan mayor vivacidad de imaginacion, pues dice: «Señas ó meneos con que los

Estando en este apuro, supo que una de las mujeres esclavas que les habian regalado los tabasqueños, era mexicana y sabia la lengua azteca. El nombre que le dieron los españoles fué el de Marina; persona que habiendo ejercido despues gran influencia con el destino de los españoles, es preciso dar á conocer al lector, hablando algo de su carácter é historia.

Era nativa de Painalla, en la Provincia de Goatzacoalco, al confin S. O. del imperio mexicano. Su padre, que era un grande y poderoso cacique, murió siendo ella todavía muy niña. Habiendo vuelto á casar la madre, y habiendo tenido un hijo de este segundo matrimonio, concibió el infame proyecto de hacer recaer sobre él la herencia que legítimamente pertenecía á Marina. Para llevarlo á cabo fingió que ésta habia muerto; pero secretamente la entregó en manos de unos mercaderes ambulantes de Xillacanco. Habiendo muerto á la sazón la hija de una de sus esclavas, se cogió el cuerpo para ponerlo en vez de aquella, é hizo que se celebrasen con gran pompa los funerales del supuesto cadáver de su hija. Todos estos pormenores los refiere el honrado soldado viejo Bernal Diaz, quien conoció á la madre y presencié el trato generoso que esta recibió despues de Marina. Los mercaderes vendieron á la manceba

indios mucho mas que otras generaciones, entienden y se dan á entender por tener muy vivos los sentidos exteriores y tambien los interiores, mayormente que es admirable su imaginacion. Op. cit. MS. lib. 3, cap. 120.

al cacique de Tabasco, quien como ya lo hemos visto, la regaló á los españoles.

A causa de haber nacido en el territorio azteca, conocia la lengua y aun se dice que la hablaba con gran elegancia; y por otra parte su residencia en Tabasco le habia hecho aprender el dialecto que allí se hablaba; de suerte que podia conversar con Aguilar, el cual traducia al español lo que ella le habia dicho. Cortés tenia, pues, un medio de comunicacion seguro, aunque con algunos rodeos. Esta circunstancia ha sido del mayor momento para el futuro éxito de la empresa. No pasó mucho tiempo sin que Marina, que tenia un talento vivo, poseyese el castellano de manera que ya no necesitaba de un intérprete intermedio. Ella aprendió el español con tanta mas facilidad, cuanto que era la lengua del amor.

Cortés, que desde el principio conoció la importancia de sus servicios, la hizo primero su intérprete, despues su secretario, y por último, cautivado de sus encantos, su querida. En ella tuvo un hijo, D. Martin Cortés, comendador de la órden militar de Santiago, menos conocido por su cuna que por sus innmerecidas persecuciones.

Marina estaba entonces en la mañana de su vida. Dicen que tenia gran belleza personal¹ y que su fi-

1 Camargo dice que era hermosa como diosa. (Hist. de Tlaxcalan MS.) Un poeta moderno ha pagado á su hermosura el siguiente tributo no poco galante:

sonomía cubierta y expresiva, indicaban el temple generoso de su alma. Fué siempre fiel á sus compatriotas adoptivos, á los cuales sacó mas de una vez de angustiadas y peligrosas situaciones, aprovechándose de sus conocimientos en la lengua, en las costumbres, y aun muchas veces en los designios de los naturales. Tuvo errores como lo hemos visto; pero deben atribuirse á los defectos de su primera educación y al mal influjo de aquel á quien ella con candorosa confianza eligió en medio de la oscuridad de su entendimiento para que la alumbrase y guiase. Todos convienen en que estaba adornada de excelentes cualidades; los importantes servicios que prestó á los españoles han hecho su memoria dignamente querida entre ellos, mientras que por otra parte el nombre de la Malinchi, con el cual es conocida todavía en México, es pronunciado con afecto por

«Admira tan lucida cabalgada
Y espectáculo tal Doña Marina,
India noble al candillo presentada,
De fortuna y belleza peregrina.

Con despejado espíritu y viveza,
Gira la vista en el concurso mudo;
Rico manto de extrema sutileza
Con chapas de oro autorizarla pudo,
Prendido con bizarra gentileza
Sobre los pechos en airoso nudo;
Reina parece de la Indiana Zona,
Varonil y hermosísima Amazona.

(Moratin. Las naves de Cortés destruidas.)

las razas conquistadas, por cuyos infortunios mostró vivas é invariables simpatías.

Con el auxilio de estos dos inteligentes intérpretes, entró Cortés en conversacion con los indios que vinieron á visitarle. Por ellos supo que eran mexicanos, ó por mejor decir, que su provincia, que habia sido comparativamente hablando una de las mas recientes conquistas del imperio mexicano, era hoy uno de sus dominios. El reino era gobernado á la sazón por un poderoso monarca llamado Moteuczomo (ó *Montezuma*, como por corrupcion le dicen los españoles) que habitaba en unas llanuras montañosas que habia en el interior del país á setenta leguas de la costa:² que su provincia estaba actualmente gobernada por uno de los nobles de aquel

1 Las-Casas, Hist. de las Ind., ubi supra. Gomara, Crónica, capítulos 25, 26. Clavijero, Hist. del Messico, tom. III, págs. 12, 14. Oviédo, Hist. de las Ind. MS. lib. 33, cap. 1. Ixtlilxochitl, Historia Chichi., MS. cap. 79. Camargo, Historia de Tlaxcala, MS. Bernal Diaz, Hist. de la Conq., cap. 37, 38.

Hay alguna diferencia en cuanto á los primeros años de Doña Marina; pero yo he seguido á Bernal Diaz, porque por su situacion especial me parece la mejor autoridad. Mas afortunadamente, en cuanto á su mérito singular y los servicios que prestó á los españoles, no hay discordancia alguna.

2 El nombre del monarca azteca, así como el de todos los lugares y personas de la Nueva España, ha sufrido innumerables variaciones en su ortografía. Los historiadores modernos españoles, le llaman generalmente Motezuma; mas no habiendo razon ninguna de suponer que es correcto este uso, he preferido darle el nombre por el cual le conocen generalmente los lectores ingleses. Es el usado por Bernal Diaz, aunque ningun otro escritor de aquella época de los que yo conozco á lo menos, lo hayan adoptado.

gran soberano, cuyo gobernador se llamaba Teuhtlile y residia á ocho leguas de allí. Cortés les contestó que venia con las miras mas amistosas y con el deseo de tener una entrevista con el gobernador azteca. Despidióles en seguida cargados de regalos; pero despues de cerciorarse de que en el interior de la tierra habia abundancia de oro, del mismo con que estaban hechos aquellos objetos que habian traído de regalo.

Complacido Cortés del buen recibimiento que le habian hecho los indios, y de los buenos informes que acababan de darle, resolvió hacer allí por entonces su cuartel. Al dia siguiente, 21 de Abril, Viérnes Santo, desembarcó con todas sus tropas en el lugar mismo donde hoy está la nueva ciudad de Veracruz. ¡Cuán distante estaria el conquistador de imaginarse que en aquella desierta playa en que por primera vez asentaba su planta, habia de levantarse con el tiempo una ciudad floreciente, el gran mercado del tráfico con la Europa y el Asia, la ciudad comercial de la Nueva España!¹

Todo era una extensa y no interrumpida llanura, excepto en aquellos puntos donde el sopro incesante

1 Ixtlilxochitl, Hist. Chichi, MS. cap. 79. Clavijero, op. cit. tom. III, pág. 16.

La ciudad que hoy se llama Nueva Veracruz, es distinta como lo veremos en seguida, de la de Veracruz, fundada por Cortés, y aquella no ha sido fundada, sino hasta fines del siglo XVI, por el conde de Monterey, virey de México. Recibió sus privilegios de ciudad, de Felipe III en 1615. Ibid, tom. III, pág. 30, nota.

de los nortes habia acumulado montículos de arena, ó médanos. En ellos colocó su artillería, de manera que dominase el país. Empleó inmediatamente á sus tropas en cortar arbustos y matorrales de los que crecen allí cerca, para hacer hogueras en que calentarse. Ayudábanle á esto las gentes del país, mandadas para este fin, segun parece, por el gobernador mismo de la provincia. Clavaron de firme en la tierra estacas y las cubrieron con ramas de árbol, telas y tapices de algodón que trajeron los indios. De esta suerte lograron los españoles resguardarse durante dos dias contra los abrasadores rayos del sol que reverberan con intolerable intensidad en aquellos arenales. El campamento estaba circuido de pantanos, cuyas exhalaciones activadas por el calor, ocasionaron en los últimos tiempos una peste mas mortífera para los españoles que todos los huracanes de la costa. La fiebre amarilla, hoy azote de la tierra caliente, era poco conocida antes de la conquista. Parece que la mano de la civilización es la que esparce las semillas de la infeccion, pues basta fundar una ciudad ó que se forme una laboriosa poblacion de europeos para que asome al punto el miasma maligno que antes dormia innocuo en la atmósfera.¹

1 La epidemia de Matlazahuatl, tan fatal á los aztecas, M. Humboldt ha demostrado ser esencialmente diferente de la fiebre amarilla, ó vómito prieto de nuestros tiempos, pues que los primeros conquistadores y colonos españoles nada hablan de él, y Clavije-

Mientras aquellas disposiciones se llevaban á efecto, acudió multitud de indios de las provincias adyacentes, regularmente pobladas en su interior, atraídos por la curiosidad de ver á aquellos asombrosos extranjeros. Trajéronles frutas, legumbres, flores, caza y algunos platillos guisados á la usanza del país, y uno que otro adorno de oro y de otras clases. Algunas de estas cosas las regalaron, y otras las trocaron por los diges de los españoles; de suerte, que el campo de los conquistadores, concurrido por una multitud de gentes de todos sexos y edades, parecia mas bien una feria.

Por algunos de los concurrentes supo Cortés que el cacique se preparaba á visitarle al día siguiente. Era el día de pascua de resurreccion. Teuhtlile llegó como se habia anunciado, antes del medio día, acompañado de un séquito numeroso. Cortés le recibió con mucha ceremonia y le llevó á su tienda, donde estaban reunidos los principales oficiales. El cacique contestó á sus cumplimientos de una manera cortés aunque seria. El padre Olmedo celebró antes una misa, á la cual asistieron con respetuosa reverencia

ro afirma que era desconocido en México hasta 1725. (Historia del Messico, tomo III, pág. 118, nota.) Pero Humboldt, fundándose en que causas iguales deben producir efectos iguales, cree que la enfermedad se conocia mas de antiguo, y aun alega en corroboracion de esto, algunos vestigios históricos y algunas tradiciones. «Il ne faut pas confondre l'époque á la quelle une maladie a été décrite pour la premiere fois, parceque elles a fait de grands ravages dans un court space de temps, avec l'époque de sa premier apparition.» Essai politique, tomo IV, pág. 161 et sequentes.

Teuhtlile y sus compañeros; y en seguida se sirvió una comida, en la cual obsequió el general á sus huéspedes con vinos y guisados españoles. Llamaron despues á los intérpretes y comenzó la conferencia.

Las primeras preguntas que hizo Teuhtlile fueron relativas á la patria y objeto de los extranjeros. Cortés respondió á ellas diciéndole: "que era el vasallo de un alto y poderoso monarca que tenia su imperio mas allá de los mares, y al cual reconocian por señor, reyes y príncipes: que sabedor de la grandeza del emperador mexicano, habia deseado entrar en trato con él y le habia enviado á él, á Cortés, de su embajador, para que le trajese un regalo en muestra de su buena voluntad, y además un recado, todo lo cual debia desempeñar él mismo en persona." Concluyó preguntando á Teuhtlile cuándo podia ser admitido á la presencia del soberano.

A esto contestó el noble azteca preguntando cómo alguna altivez: "¿cómo es que haciendo solamente dos días que estaba allí, ya queria ver al emperador?" En seguida añadió con alguna mas cortesía: "que le asombraba saber que habia otro monarca tan poderoso como Moteuczoma; pero que si así era, no dudaba que su señor, luego que lo supiera, tendría gran placer en entrar en comunicaciones con aquel. Que de su cuenta corria enviar al monarca azteca los reales presentes que le traían los españoles

les; á los cuales daría aviso de la resolución de Moteuczoma, luego que lo supiese.¹

Teuhtlile mandó á sus esclavos que trajesen al punto los regalos destinados á los españoles, y que consistían en diez cargas de algodones finos, algunas capas hechas de pluma, curiosísimamente trabajadas, y de colores tan delicados, que podían rivalizar con la mas bella pintura; una débil canastilla llena de objetos de oro, primorosamente trabajados: cosas todas muy propias para inspirar á los españoles una alta idea tanto de la riqueza de los mexicanos como de sus adelantos en las artes mecánicas. Cortés aceptó todo esto con los debidos cumplimientos, y mandó que sacasen las cosas destinadas á Moteuczoma. Eran estas una silla de respaldo ricamente esculpida y pintada; una capa carmesí de género, con una medalla de oro en que estaba grabado San Jorge y el dragon infernal, y multitud de collares, brazaletes y otros adornos de cristal, los cuales en un país en que este no se conocía, debieron pasar y de hecho pasaron entre los inespertos mexicanos, por verdaderas piedras preciosas. Teuhtlile observó en el campamento que un soldado tenía un yelmo dorado, que resplandecía vivamente, y el cual le recordó otro semejante que usó en México el buen Quetzalcoatl, por lo cual mostró gran deseo de que lo viese Moteuczoma. Por aquí se conocerá que en la venida de los españoles, encontra-

ban los indios alguna analogía con las tradiciones relativas á aquella deidad. Cortés le manifestó que de muy buena voluntad mandaría al emperador aquel casco; pero que esperaba que al devolverle vendría lleno de polvo de aquel oro, que parecía ser de tan buena calidad como el oro de su patria. Según nos refiere el capellan, despues contó Cortés al cacique, que los españoles padecían una enfermedad del corazón para la cual era el oro un remedio especial.¹ En suma, dice Las-Casas, "trató de hacer al gobernador tan patente como pudo, la necesidad que tenía de oro."²

Mientras esto pasaba, observó Cortés que uno de los de la comitiva de Teuhtlile, estaba ocupado en delinear con un pincel un objeto. Acercándose á ver qué era, se encontró con un bosquejo hecho sobre ayate, de los españoles, de sus armas y trages, teniendo todo esto su forma y colores propios: era la famosa escritura pintada, usada por los aztecas; y aquel hombre, según dijo Teuhtlile, estaba ocupándose en copiar todos los objetos para que los viese Moteuczoma, el cual podría de esta suerte formarse ideas mas vivas que no por medio de palabras. Mucho agradó á Cortés la idea, y conociendo que la impresion que habia producido su aspecto en los indígenas, aumentaría si les veían en movimiento,

¹ Gomara, Crónica, cap. 26.

² Las-Casas, op. cit, lib. 3, cap. 19.

ordenó que saliese la caballería que bien podía maniobrar en aquellos arenales. Los atrevidos y rápidos movimientos de las tropas al hacer sus evoluciones militares, la aparente facilidad con que manejaban los impetuosos animales en que estaban montados, el brillo de sus armaduras y el penetrante grito de las trompetas llenaron de asombro á los espectadores; mas cuando oyeron el trueno de los cañones que mandó disparar Cortés, y la llamarada y el humo que despedían sus terribles bocas, y el ruido que hacían las balas al chocar contra las ramas de los árboles que hacían pedazos, quedaron llenos de una consternación de que no estuvo exento ni aun el mismo cacique.

Nada de esto se olvidó de copiar el pintor, que á su manera recordó fielmente todas las pequeñeces, sin omitir las naves, ó *casas del agua*, como los indios las llamaban, las cuales se mecían lentamente en la tranquila superficie del mar, que reflejaba sus oscuros cascos y su velamen blanco cual la nieve. Todo esto estaba como lo hemos dicho, representado con una fidelidad tal, que excitó á su vez el asombro de los españoles, muy distantes de esperarse una obra tan perfecta.

Concluido todo esto, se retiró Teuhtli con todo su acompañamiento, del real de los españoles, con la misma ceremonia con que habían entrado en él; dando órdenes á su gente, antes de retirarse, de que

abasteciesen á los españoles de todo lo necesario, hasta no recibir nuevas órdenes de la capital.¹

1 Ixtilxochitl, Relaciones, MS. núm. 13. Hhist. Cchi. MS. cap. 79. Gomara, Crónica, cap. 25, 26. Bernal Diaz, op. cit., cap. 38. Herrera, Hist. general dec. 2, lib. 5, cap. 4. Carta de Veracruz MS. Torquemada, Monarch. Ind., lib. 4, cap. 13, 15. Tezozomoc, Crónica mexicana, MS., cap. 107.

IV OJITMAS

(1819)